THE NEW HOUSE

BLADEFREGA



LA CASA NUEVA

THE FAMILY · 10

En cuanto se casaron, decidieron vivir en Cosenza.

Era donde mi padre estaba oficialmente destinado, y Gillette enviaba allí toda la correspondencia y el material de la empresa.

Mi madre esperaba su primer hijo.

En la década de 1960 nadie sabía de antemano el sexo del bebé.

Las pruebas disponibles eran invasivas, arriesgadas, y nadie estaba dispuesto a jugársela con un hijo que todavía ni siquiera había nacido.

Ahahahah.

Llegó la Navidad de 1963.

Gillette aprobó el traslado de mi padre a Reggio Calabria.

Mi madre estaba feliz.

Su bebé nacería en el lugar que mejor conocía.

Su ciudad.

Había una broma que circulaba sin parar por los pasillos de la casa:

«Qué tragedia si miraran el documento de identidad de mi hijo y descubrieran que nació en Cosenza. ¿Qué pensarían mis parientes?»

Ahahahah.

Encontraron un apartamento a solo doscientos metros de la casa de mis abuelos.

La suposición evidente era que mi madre, con diecisiete años apenas, tendría cerca el apoyo de la familia.

Quizá alguien podría echar una mano con el bebé cuando hiciera falta.

Pero la vida decidió jugar otra partida.

La relación entre madre e hija ya estaba dañada.

Su padre creía que la educación se resolvía a golpes.

Nunca funcionó.

Ni una sola vez.

Incluso cuando mi madre intentó después aplicar el mismo método con sus propios hijos, el resultado fue idéntico.

Un fracaso.

Joven.

Hermosa.

Deslumbrante.

Y todo un demonio.

Podía tener cien ideas antes del desayuno y llevar a cabo otras cien antes de la cena.

Pero era mi madre.

Teresa, mi hermana, nació en enero de 1964.

Una niña.

Ningún pariente corrió a visitarla.

La mayoría llegó semanas después.

Casi como si hubiera habido un funeral.

Esa era la cultura de una ciudad del sur de Italia donde se creía que los verdaderos recursos de la sociedad eran los hombres.

Los varones.

Esa misma sociedad necesitaría otros sesenta años para descubrir que la realidad funcionaba de otra manera.

Quizá mi literatura introdujo el tema.

Entenderlo es otra cuestión.

Bueno, trece meses después llegué yo.

Febrero de 1965.

Y de pronto aparecieron los Reyes Magos desde Cosenza y desde todos los pueblos de alrededor.

Una fiesta.

Había llegado el heredero varón.

La generación continuaría.

Mi padre era un hombre enérgico.

En los ocho años siguientes habrían podido llegar perfectamente otros diez hijos.

En cambio hubo abortos, uno detrás de otro.

A mi padre no le gustaban los preservativos porque decía que lo desestabilizaban.

Mi madre prefería otro método.

Usaba la tarjeta de crédito.

El médico resolvía el problema.

Una tarde mi madre fue a la peluquería.

Como siempre pasa en esos sitios, se intercambiaron confidencias.

Alguien mencionó que el hijo de la propietaria estaba a punto de casarse y que buscaban otro inquilino para sustituirnos.

Mi madre era muy buena en matemáticas.

Volvió a casa, llamó a mi padre y le planteó una ecuación sencilla.

«En siete días, compra una casa nueva. Nos vamos».

Mi padre ganaba solo 750.000 liras al mes.

Pero mi madre tenía una mercería y una tienda de ropa.

Una llamada a mi abuelo paterno y el dinero apareció de golpe.

El agente inmobiliario le mostró a mi padre un apartamento en bruto, sin terminar.

Los dueños pedían siete millones de liras.

La cuenta de mi padre contenía exactamente siete millones de liras.

Ni una lira más.

Ni una lira menos.

Lo compró.

El apartamento tenía tabiques interiores.

Nada más.

Ninguna obra terminada.

Ninguna instalación en condiciones.

Mi madre quería matarlo.

«¿Dónde demonios se supone que vamos a dormir sin puertas, ventanas y baño?»

Mi padre se rio.

«Soy Frega».

«Para mayo de 1973 estaremos viviendo en la casa nueva».

En marzo de 1973 llegaron dos Frega más.

Gemelos.

Años después mi padre diría:

«Pero yo salí a tiempo. ¿Cómo demonios entraron ellos?»

Y yo daba siempre la misma respuesta mientras todos se reían.

«El problema nunca es entrar, papá. Esa parte es fácil».

«El problema es salir a tiempo».

«Quizá estás desincronizado».

«Tu reloj Bulova atrasa unos segundos».

Ahahahah.

Nunca pidió prestado a un banco.

Ninguna hipoteca.

Ningún préstamo.

Amigos y conocidos le concedían crédito.

Y nunca faltó a su palabra.

El 30 de mayo de 1973 nos mudamos.

Mi padre y yo hicimos casi toda la mudanza los dos solos.

Después de dos días cargando muebles, con ocho años, subí yo solo una lavadora tres pisos y la metí en el apartamento.

Por fin estábamos en nuestra propia casa.

Nadie podría echarnos jamás.

Al menos esa era la teoría.

Años después mis padres murieron y uno de mis hermanos consiguió apoderarse de todo.

Pero esa es otra historia.

Adiós, papá.

Ferdinando Frega
Gillette Man ⚔️